Misión de los setenta y dos discípulos

10

1 Después de esto, el Señor designó a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos para
que lo precedieran en todas las ciudades y sitios adonde él debía ir. 2 Y les dijo: «La
cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen al dueño de los
sembrados que envíe trabajadores para la cosecha. 3 ¡Vayan! Yo los envío como a ovejas
en medio de lobos. 4 No lleven dinero, ni alforja, ni calzado, y no se detengan a saludar a
nadie por el camino. 5 Al entrar en una casa, digan primero: ¡Que descienda la paz sobre
esta casa! 6 Y si hay allí alguien digno de recibirla, esa paz reposará sobre él; de lo
contrario, volverá a ustedes. 7 Permanezcan en esa misma casa, comiendo y bebiendo de
lo que haya, porque el que trabaja merece su salario. No vayan de casa en casa. 8 En las
ciudades donde entren y sean recibidos, coman lo que les sirvan; 9 curen a sus enfermos y
digan a la gente: ¡El Reino de Dios está cerca de ustedes! 10 Pero en todas las ciudades
donde entren y no los reciban, salgan a las plazas y digan: 11 ¡Hasta el polvo de esta
ciudad que se ha adherido a nuestros pies, lo sacudimos sobre ustedes! Sepan, sin
embargo, que el Reino de Dios está cerca! 12 Les aseguro que en aquel Día, Sodoma será
tratada menos rigurosamente que esa ciudad.

Lamentación de Jesús por las ciudades de Galilea

12Mt. 11. 21-24
13 ¡Ay de ti, Corozaín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se
hubieran hecho los milagros realizados entre ustedes, hace tiempo que se
habrían convertido, poniéndose cilicio y sentándose sobre ceniza. 14 Por eso
Tiro y Sidón, en el día del Juicio, serán tratadas menos rigurosamente que
ustedes. 15 Y tú, Cafarnaún, ¿acaso crees que serás elevada hasta el cielo? No,
serás precipitada hasta el infierno.
16 El que los escucha a ustedes, me escucha a mí; el que los rechaza a ustedes,
me rechaza a mí; y el que me rechaza, rechaza a aquel que me envió».

Regreso de los setenta y dos discípulos

17 Los setenta y dos volvieron y le dijeron llenos de gozo: «Señor, hasta los
demonios se nos someten en tu Nombre». 18 Él les dijo: «Yo veía a Satanás caer
del cielo como un rayo. 19 Les he dado poder para caminar sobre serpientes y
escorpiones y para vencer todas las fuerzas del enemigo; y nada podrá
dañarlos. 20 No se alegren, sin embargo, de que los espíritus se les sometan;
alégrense más bien de que sus nombres estén escritos en el cielo».

La revelación del Evangelio a los humildes

20Mt. 11. 25-27; 13. 16-17
21 En aquel momento Jesús se estremeció de gozo, movido por el Espíritu
Santo, y dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado
estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños.
Sí, Padre, porque así lo has querido. 22 Todo me ha sido dado por mi Padre, y
nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, como nadie sabe quién es el Padre,
sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar».
23 Después, volviéndose hacia sus discípulos, Jesús les dijo a ellos solos:
«¡Felices los ojos que ven lo que ustedes ven! 24 ¡Les aseguro que muchos
profetas y reyes quisieron ver lo que ustedes ven y no lo vieron, oír lo que
ustedes oyen y no lo oyeron!».

El mandamiento principal

24Mt. 22. 34-40 Mc. 12. 28-31
25 Y entonces, un doctor de la Ley se levantó y le preguntó para ponerlo a
prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la Vida eterna?». 26 Jesús
le preguntó a su vez: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?». 27 Él le
respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma,
con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu, y a tu prójimo como a ti mismo».
28 «Has respondido exactamente, le dijo Jesús; obra así y alcanzarás la vida».

La parábola del buen samaritano

29 Pero el doctor de la Ley, para justificar su intervención, le hizo esta pregunta:
«¿Y quién es mi prójimo?». 30 Jesús volvió a tomar la palabra y le respondió:
«Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandidos,
que lo despojaron de todo, lo hirieron y se fueron, dejándolo medio
muerto. 31 Casualmente bajaba por el mismo camino un sacerdote: lo vio y
siguió de largo. 32 También pasó por allí un levita: lo vio y siguió su
camino. 33 Pero un samaritano que viajaba por allí, al pasar junto a él, lo vio y
se conmovió. 34 Entonces se acercó y vendó sus heridas, cubriéndolas con
aceite y vino; después lo puso sobre su propia montura, lo condujo a un
albergue y se encargó de cuidarlo. 35 Al día siguiente, sacó dos denarios y se
los dio al dueño del albergue, diciéndole: 📰Cuídalo, y lo que gastes de más, te
lo pagaré al volver🌴 36 ¿Cuál de los tres te parece que se portó como prójimo
del hombre asaltado por los ladrones?». 37 «El que tuvo compasión de él», le
respondió el doctor. Y Jesús le dijo: «Ve, y procede tú de la misma manera».

El encuentro de Jesús con Marta y María

38 Mientras iban caminando, Jesús entró en un pueblo, y una mujer que se
llamaba Marta lo recibió en su casa. 39 Tenía una hermana llamada María, que
sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra. 40 Marta, que estaba muy
ocupada con los quehaceres de la casa, dijo a Jesús: «Señor, ¿no te importa
que mi hermana me deje sola con todo el trabajo? Dile que me ayude». 41 Pero
el Señor le respondió: «Marta, Marta, te inquietas y te agitas por muchas
cosas. 42 Sin embargo, una sola es necesaria. María eligió la mejor parte, que
no le será quitada».